



Adolfo Bioy
Casares

DESCANSO DE CAMINANTES
EDICIÓN AL CUIDADO DE DANIEL MARTINO

Cualquier imagen de Adolfo Bioy Casares sería incompleta si, además del forjador de tramas perfectas y del irónico narrador de desencuentros amorosos, no incluyera al testigo atento e implacable que, en silencio y durante más de cincuenta años registró cuidadosamente su vida y sus opiniones en un imponente Diario de casi 20.000 páginas.

La obra, en la que se echan en falta los pasajes sobre sus conversaciones con Borges y cuya publicación está en manos del albacea literario Daniel Martino, descubre la visión de Bioy sobre temas como la Dictadura («era consciente de lo que pasaba pero no le importaba demasiado»), las torturas («referidas a la etapa peronista y no a la Dictadura») o la muerte, (asunto este último que aborda «con su característica elegancia»).

Tenía alguna razón Borges cuando desaprobaba los libros de brevedades. Yo replicaba que eran libros de lectura grata y que no veía por qué se privaría de ellos a los lectores. Los *Note-books* de Samuel Butler, *A Writer's Notebook* de Somerset Maugham me acompañaron a lo largo de viajes y de años. «Los de Butler se publicaron después de la muerte del autor», dijo Borges y yo aún no vislumbré su argumento. Sin embargo, de algún modo debí admitirlo, porque a pesar de tener infinidad de observaciones y reflexiones breves, más o menos epigramáticas, sin contar sueños, relatos cortos y dísticos, año tras año he postergado la publicación de mi anunciado libro de brevedades. Debo sentir que su publicación, en vida, excedería el límite de vanidad soportable. Digo *soportable* porque en casi toda publicación hay vanidad. ¿O es absurdo pensar que al publicar nuestros libros los proponemos a la admiración de nuestros contemporáneos y aun de lectores del futuro?

Sea este cuaderno testimonio de la rapidez de manos del pasado, que oculta, entierra, hace desaparecer todas las cosas, incluso a quien escribe estas líneas y también a ti, querido lector.

ADOLFO BIOY CASARES

MARGINALIA

9 febrero 1975. Entreveo la posibilidad de un cuento de un alpinista en Suiza al que, en lo alto de una montaña, un señor le dice «venga a refugiarse» y lo lleva a una cueva, donde hay otros pasajeros. Oyen, por radio, noticias de la invasión. Larga temporada: ganas de salir, temor, amores; por último, todo acabó. Baja a Ginebra. Nada habla del asunto.

19 febrero 1975. *Encuentro con la estudiosa.* Muy inteligente, pero irremediabilmente extraviada por críticos y profesores. Esta gente no sabe cómo se escribe e interpretan como si estuvieran en otro mundo y dijeran: «Un hombre y una mujer, escondidos, entran alborozados en un cuartito, ahí él la moja un poco a ella y salen muy contentos».

31 marzo 1975. *Cuestiones de edad.* Antes nadie calificaba de «obra maestra» *La invención de Morel*. Ahora se habla de mis libros como de obras maestras (con indiferencia, como si *obras maestras* fuera un simple género literario, como si dijeran que son «novelas» o «cuentos»). Hasta me vi en una suerte de Parnaso de la colección Pavillons^[1], que reúne a los tres o cuatro principales autores. Jinetas que se confieren a los que están por irse.

Me explicaron que un perro guardián debe ejercitar su instinto. Si el amo no le encomienda algo para defender, el

perro un día lo elige. En una casa un perro eligió el cuarto de baño y no permitió que los moradores lo usaran; otro, un *cocker spaniel*, cuando se resiente con sus amos defiene de un sillón de la sala.

El carácter de un perro. Cuando viaja en el coche si las personas hablan, ladra hasta que se callan. No deja que su dueña viaje en el asiento de adelante, con el novio; tiene que ir en el de atrás, con él. Cuando lo dejan solo en la casa hace sus necesidades en las camas. Cuando se queda solo con las dos ancianas de la familia, las aterroriza ladrando, corriendo, pasando a toda velocidad al lado de ellas. Respeta al hombre de la familia.

¿Amor a la sociedad? Prácticamente, no existe. Es algo que se alega para perseguir a individuos odiados.

Palabras de un fiscal. «Con los traidores, ¿habrá que ser tan severo? Fuera del hampa (o de la policía o de la política o del ejército o de la diplomacia, que son variedades del hampa) los traidores a lo mejor se hubieran distinguido como personas de imaginación y sensibilidad, tal vez poetas o siquiera novelistas».

Sinceridad de una de mis enamoradas. «Tuve un sueño atroz. Con un tipo. Estábamos en cama y comprendí que quería violarme. Yo quería que me besara, no más. Entonces le pregunté si estaba loco. Se enojó, empezó a vestirse, me dejaba... Era horrible».

Es bien sabido que el viajero, cuando llega a tan lejanas regiones, no sabe dónde está y padece de una extraña confusión que lo mueve a reconocer, a recordar parajes que nunca ha visto. Con valerosa frivolidad afirma entonces: «Por aquí yo he pasado».

Descubrimiento muy tardío. Hoy, después de cincuenta y tantos años, he descubierto que el Negro Raúl no me conocía. El Negro Raúl era popular mendigo de Buenos Aires; aunque tal vez popular en el Barrio Norte, pues me parece que componía el papel de una suerte de bufón de los chicos de la clase alta. Se congraciaba por la risa cordial que blanqueaba en su cara tosca, por algunos pasos de baile, más o menos cómicos, y, sobre todo, por su negrura. Yo siempre creí (sin indagar mucho las causas) que el Negro Raúl me conocía. El hecho me infundía cierto orgullo. Evidentemente, el Negro me saludaba como a un conocido y hasta hoy no se me ocurrió pensar que para lograr sus fines le convenía esa actitud de personaje conocido y aceptado. Desde luego, en esto no mentía; él era un hombre conocido, más conocido que sus muchos protectores. Ahora estoy por afirmar que me llamaba *Adolfito*; habrá oído a la niñera, que me llamaba así, y debió de ser bastante vivo, rápido para pescar en el aire informaciones útiles.

Me acuerdo del Negro, parado y gesticulando, en medio de la calle Uruguay o Montevideo, mientras yo lo miraba y le tiraba monedas desde los balcones del tercer piso de la casa de mi abuela, que hacía esquina (Uruguay 1400), donde vivíamos en aquellos años. Debía de haber entonces poco tráfico, ya que el Negro hacía sus piruetas en medio de la calle y mirando para arriba a la gente que le arrojaba limosna desde los balcones y ventanas.

Del catálogo de un museo de juguetes. Mono en bicicleta, a cuerda, con palanca de dos posiciones, para recorrido grande y recorrido chico. Con fallas por desgaste. En la posición para recorrido grande no funciona, simplemente cumple el recorrido chico. Adviértese, además, que el área del recorrido chico es de menor extensión que la estipulada en el prospecto.

31 agosto 1975. *Para que me lo explique Galton.* Me despierto. Aún acostado, aún en la oscuridad, imagino el cuadrante del reloj con las agujas en las 9 y 5. Enciando la luz, me incorporo y veo que las agujas del reloj marcan las 9 y 5. Un hecho similar me ocurrió en 1972, en Niza.

Idiomáticas. Guindado. Suerte de confitería, cuyos clientes no bajan de sus automóviles, donde los atiende y sirve el personal. Como me dijo un taxista: «El guindado es el *porche* [sic] de la amueblada».

Un enamorado de las mujeres. Mándenme una chica cualquiera. Yo le encontraré encantos para quererla y es claro, a la larga, exigencias, amarguras y estupideces que tarde o temprano me pondrán en fuga.

Subjuntivos y condicionales. Irritado por la lentitud con que se desplazaban algunos automóviles, el taxista comentó:

—Yo, si podría, volara.

La gente habla de cualquier modo. «Cuando lo oí, me crucé las manos» por «me hice cruces»; un *Chubut* por un yogurt; *Petit Swing* por *Petit Suisse*; *crisantelmo* por *crisantemo*; *agua de beneficencia* por *Agua Villavicencio*; las *pampas fúnebres*; las *morrois*; el *quíster*. Oído a una maestra de Marta, del Cinco Esquinas: por *Aberdeen Angus*, *Aberdeen Agnus*.

Hablando de cosas de la patria, un amigo francés comentó: «Aunque tenga más lectores que nadie, ¿quién sueña, ni siquiera la computadora de una ciudad de provincia norteamericana, con atribuir la suprema autoridad en literatura a Fernández y González, autor del *Cocinero de Su Majestad*, a Georges Ohnet o a la señora Bullrich? En política, donde las consecuencias son más graves, hay otro criterio.

Porque se volcaron a su favor tres cuartas partes de los electores del país, entronizamos a Ponson du Terrail (no se habla de este carismático sino de rodillas, a cabeza descubierta), que se nos fue y nos dejó a Madama Delly y al caos. La democracia, caro amigo, es una locura».

«No tenía vicios —es decir, no bebía ni fumaba en exceso—. Pero no podía vivir sin mujer, o mujeres. Dadas sus circunstancias, puede afirmarse que éste fue, en gran parte, el origen de sus infortunios. Reparaba en alguna muchacha fácil, cuyo cuerpo lo atraía...». Lo que O'Sullivan dice de George Gissing, podría tal vez decirse de un servidor.

Hacia 1940, en Pardo, después de leer *Relativity and Robinson*, y *The ABC Relativity de Russell*, y un libro de un tal Lynch contra Einstein, pensé escribir un cuento sobre un matemático polaco que había descubierto lo que todo el mundo sabe: que la luz no tiene velocidad. Esto explicaría, por cierto, por qué la velocidad de la luz tiene una conducta insólita, que no se parece a la de las otras velocidades.

Me refiere: La señora de Lonardi me contó que su marido reemplazó a Perón como agregado militar en la embajada de Chile; allí se conocieron; Perón era muy simpático; vivía solo, en un departamento. Ella le preguntó por qué no tenía mucama. Perón contestó: «No quiero meter la negra en mi casa».

Distracción. Acababan de enterrar a un amigo. Veo llegar un camión de las pompas fúnebres. Pienso: «Vienen a buscar el cajón». Creía entonces que enterraban a la gente sin cajón y que éste lo reservaban para sucesivos muertos.

1.º octubre 1975. Dijeron las chicas que la libertad sexual volvió difícil la pesca para todas, porque todas son pescadoras declaradas, y que para las viejas y las feas ya no hay esperanza. Es claro que las amigas de lo tremendo y de

lo misterioso quieren imaginar que se difunde entre los machos una enfermedad que los desinteresa de la mujer.

Si pudiera desplazar el alma al cuerpo de un joven me metería en él para seguir viviendo (Cf. Wells). Otra posibilidad sería la de pasar a transeúntes el efecto (el cansancio, el desgaste) de los años: a éste diez; a este otro, diez; a éste, veinte:

—Si pudieras, ¿lo harías?

—Sin escrúpulo.

Mientras conversaba con Maribel Tamargo, yo me decía que un viejo es una señora fea y fogosa, del tiempo en que no era decente que las mujeres hicieran avances.

Meditaciones de un viajero. Para que el viaje fuera una solución y no un simple alivio, el que se va no debiera llevarse. De todos modos, el alivio de partir vale la pena.

Diálogo en una peluquería.

Dramatis personae:

Peluquero argentino.

Cliente (viejo, muy rico, muy deprimido, al borde del suicidio).

Peluquero español.

PELUQUERO ARGENTINO (*al Cliente*): ¿Le digo mi receta? Consígase una compañera. No le importe que ella salga con usted por la plata. Trate de quererla. Vuelva a ver a los amigos.

CLIENTE: Usted lo ha dicho: la tragedia de los ricos es que nos quieren por la plata. A un pobre lo quieren por él (*Se va el Cliente*).

PELUQUERO ESPAÑOL. (*A mí*): Qué salame el tío. Cree que el mundo se reparte en dos mitades: los ricos y los pobres. Todos somos pobres para alguien, ¿o se imagina que sólo a él lo quieren por el dinero? Si a mí me busca una

mujer ¿el salame ese piensa que es por mi linda cara? Es por mis duros.

Consejos de una madre. «Yo a las que se prostituyen con inteligencia les saco el sombrero. Yo tenía una compañera que andaba con un millonario, y lo obligó a cubrirla de esmeraldas. Cuando se pasó a otro, fue para conseguir un departamento y un regio auto. Después encontró un muchacho serio y con plata y se casó de lo más bien, pero, qué querés, a esas que pierden sus mejores años junto a un viejo y por amor, no las entiendo».

Felicidad. «¿Viene del Centro? —me preguntó Alberto, un panadero de Colegiales—. Feliz de usted. Cuando teníamos el otro negocio, iba al Centro por lo menos dos veces por semana. Yo soy loco por el Centro».

El prójimo. Si me dice que es feliz, pienso que es un tonto. Si me dice que es infeliz, pienso que es un pesado.

Escribir. Cuando yo era joven, un viejo escritor me explicaba: «Escribir lo que no has de publicar no es escribir. Escribir borradores no es escribir. Corregir no es escribir».

Lector de Céline. A los lectores de Céline les gusta que les escriban a gritos.

Sospecho que en estos años de asesinatos y terrorismo, más de uno de pronto jugará con la idea: «Qué bueno que al salir de casa una ráfaga de ametralladora me mande al otro mundo».

Me explicó: «A mi edad, vivir es una cuestión de paciencia. Tenemos que aprender a esperar, en perfecta calma, el momento en que el achaque de turno pase. Desde luego, en una de esas esperas, en perfecta calma, morimos».

Me gusta en los chicos la incipiente racionalidad. La inconsciencia, las niñerías, me desagradan.

¿Quién dijo que los niños alegran la casa? Lloran con más frecuencia que el adulto y con no menor desconsuelo.

Mejor no querer demasiado a los chicos, porque uno no sabe en qué monstruo se convertirán.

Una amiga: «Yo nunca sé por qué dicen que una persona es inteligente. ¿Cómo saben?».

El consenso. Me dijo: «Cuando yo era joven, al mostrarme con ella ponía a la gente en contra. Decían que yo debía de ser un vividor o un degenerado para seguir casado con una vieja. Ahora, si me separara de ella perdería popularidad, porque la gente se complace en vernos como una hermosa pareja de escritores».

Resulta que doy mucha importancia a la comida. Solamente personas muy humildes, o francesas, le dan tanta importancia. Alguna vez oí a un peón de campo, don Juan P. Pees, que el patrón era esto o aquello, pero (y aquí se hacía un alto, para acordar el debido énfasis al reconocimiento) que no era mezquino con la comida del trabajador. Yo he oído con mucho asombro y diversión estas declaraciones que me parecieron marcar la extraordinaria humildad de quien las hacía. Pero ahora sé más al respecto. En Francia vivo feliz (entre otras razones) porque como bien. No se entienda que como sibaríticamente; no, aunque también coma así; lo que me alegra allá es la perfección con que satisfago el hambre; una sensación física que nos mueve a dar complacidas palmadas en la barriga. Otra prueba de la importancia que doy a la comida es mi enojo de anoche, con Silvina, porque me arregló con verduritas, ñoquis y jamón frío.

Nos aplauden por la obra en la hora del naufragio, cuando sólo pedimos un salvavidas.

Si mis novelas y cuentos son creíbles, no lo son por la esencia, de la historia, sino por las precauciones que tomo al contarla. Mis adaptadores (para cine o televisión) ingenuamente creen en esa credibilidad y no toman las precauciones adecuadas para el cambio de género. Lo que es creíble para el lector (que no ve, que sólo imagina) puede no serlo para el espectador.

Uno de los agrados del verano en Buenos Aires: descansar en un banco de la plaza, de noche, cuando refresca. Éste es un placer positivo; me pregunto si en invierno habrá alguno equivalente. ¿Estar en cama, con una chica, con la chimenea encendida, mientras afuera llueve? Desde luego; pero este placer es más complejo, menos contemplativo. En la plaza basta el banco, la soledad, la noche y la frescura; en el otro está la chica, tal vez en el paraíso, pero indudablemente un ser, un prójimo, con psicología, en todo caso.

Ética. Reglas de juego comerciales por las que un médico, para no perjudicar pecuniariamente a otro, abandona a un enfermo a sus dolores y a su agonía.

Hacia 1973, Oppenheimer, pero también sus amigos^[2], decían que yo no entendía de política. Entender para ellos era sumergirse, como en un baño tonificante, en la estupidez colectiva. El placer les duró poco.

Supongo que toda persona en algún momento está por creer que pertenece al mejor país, a la mejor tradición del mundo. No sólo los ingleses, los franceses, los italianos, etcétera; aun nosotros mismos, ¡los argentinos! Pensamos, qué suerte, qué prodigio, pertenecer a este país que pro-

dujo esta literatura, el tango, el dulce de leche, el poncho de vicuña; este país de escritores y de caballos, ¡de argentinas!, de inmensa llanura, de don Bartolo, don Bernardo, don Vicente, don Carlos, don Julio, don Faustino^[3]... El que tiene una casa modesta, difícilmente diferenciable de las que la rodean, encuentra en ella infinidad de motivos de orgullo: «¿Ve este mármol? El arquitecto eligió personalmente las lajas y las numeró; las vetas se siguen de una laja a otra. La moldura en el frente, donde las otras casas tienen una simple raya blanca, es cara, pero da otro aspecto». Etcétera.

La historia de Romeo y Julieta contada por el padre de uno de ellos. Él hizo todo lo posible por acabar con esa enemistad; cuando parecía que todo iba a mejorar, los otros mataron a su más fiel hijo y seguidor. ¿Cómo queda si permite ese casamiento? Dirán que no es leal con quienes dieron la vida por él. Etcétera.

En la playa dos enamorados se abrazan y besan mutuamente embelesados junto a un perro que agoniza.

¿Sabe por qué Dios nunca permitirá que hablen nuestros queridos animalitos? Para que no digan pavadas.

Beneficio de la duda. Oído en la heladería:

—Siguen matando, matando.

—¿Qué me dice? Una pobre vieja de setenta y tantos años, sentada a la puerta de su casa, en la calle San Pedrito, acribillada a balazos desde un Fiat 128 azul oscuro. Una barbaridad.

—¿Barbaridad? Quién sabe. Si la mataron, en algo habrá andado la viejita.

31 octubre 1975. A veces me parece que nos miramos desde las vetanillas de dos trenes que están en una estación, muy cerca uno del otro, pero que van a correr por diferentes vías. Sin esperanza.

11 noviembre 1975. Me pongo a releer *The Invisible Man*. Voy a leer un capítulo; no puedo soltar el libro y llego al capítulo X o XI. Todo el principio está bien imaginado, pensado, contado. Después sigue correspondiendo a *daydreamings*; admirables *daydreamings*. Los libros que se parecen a *daydreamings* y que los provocan en el lector son los libros de éxito.

No somos transparentes. Mi amigo Quiveo, mi kinesiólogo, me dijo: «En esta vida moderna, todos sufrimos tensiones, por infinidad de motivos. Por ejemplo, usted: su tensión proviene del temor de perder la situación que ha logrado en la literatura argentina». Alguna vez pensé que debía escribir cuanto antes una novela para aprovechar la notoriedad alcanzada; pero no siento eso como un imperativo: si la situación general no empeora hasta el punto de peligrar la subsistencia, no escribiré la novela hasta estar seguro de tener una buena historia. No, mis tensiones no vienen de ese lado, sino del miedo a la enfermedad, al dolor y a la muerte (que pondría fin a esta cómoda y grata participación mía en el mundo, participación que juzgo todavía incipiente); y también, menos dramáticamente, de verme viejo y de notar que las mujeres ya no se fijan en mí (por lo menos las que no me conocen, las que me cruzan en la calle).

Recuerdos contradictorios. Yo creía que una vez había hecho el amor con ella; hasta recordaba su cuerpo blanco y sus grandes senos. Ella, sin embargo, me dijo (de un modo

un poco ridículo, es verdad, pero no por eso menos terminante): «Vos nunca me poseíste».

Un hombre de poca suerte no consigue a nadie que lo quiera. Un hombre de mucha suerte consigue que lo quieran mujeres que no le gustan. (Por cierto, les pasa lo mismo a las mujeres).

Conversación. La conversación con ella anduvo bien, porque la dejaba hablar, apenas de vez en cuando reforzaba con mi asentimiento algo que ella había dicho, necesitaba más apoyo de mi parte, para encontrarlo seguía hablando.

Sueño. Me quedo dormido y sueño. En seguida despierto, pienso en mi sueño, que me trae a la memoria, cargado de nostalgias, un recuerdo de algún momento de mi vida o de alguna lectura. Mientras procuro precisarlo, ese recuerdo se disuelve en olvido. Lo busco en vano y poco a poco sospecho, comprendo que mi recuerdo no fue más que otro sueño. Debí entender eso en cuanto lo olvidé, porque únicamente los sueños tienen esa propensión a desdibujarse instantáneamente en el olvido. En prueba de esta última afirmación olvido también el primer sueño.

Yo suelo escribir (como en *El sueño de los héroes*, en *Diario de la guerra del cerdo*, en *Dormir al sol*) sobre gente modesta. Hay quienes me elogian porque investigo esos sectores de la sociedad, y quienes suponen que lo hago para quedar bien. Yo escribo sobre esa gente porque estimula mi imaginación. Nada más.

Yo, me dejé de querer a las mujeres cuando se afearon, achacoso y viejo ¿me resignaré a que me abandonen?

La gente fuerte se abre camino sola. De joven yo no me sentía solidario con los jóvenes; la juventud no era una ca-